—decía— **de qué va a colmarnos este nuevo año, (es temible eso de que se colme nada), pero lo que yo les deseo a ustedes es tranquilidad y los más provechosos resultados de su trabajo, porque de otras esperanzas (que suelen confundirse con puros recuerdos imborrables) es mejor no hablar, ni manosearlas. Dejemos esa distracción a los optimistas."**

Acaso venga, entre cada dos comas del párrafo elegido, una nueva lección que habríamos de estudiar... y aprender. Hoy nos quedamos con aquellas palabras: **"No sé yo de qué va a colmarnos este nuevo año."** Fué aquél el que se colmó con su muerte, ahora se cumple el sexto aniversario.

Todos los años, al irse recibiendo en el aire y la luz las sensaciones del otoño, soñaba él una noche con las campanas del Monasterio. En nuestro destierro, en que tantas y tantas veces se sueña con campanas de España, reservemos esta fecha otoñal para escuchar las del jardín, que Azaña percibía: las campanas de su sueño, que hoy son las de su muerte; y que si alguna vez fueran las de "aleluya" por la resurrección de su España, tendrán siempre un son de ausencia, a la vez caricia y aviso a nuestras alegrías.

JEAN CAMP

El haber sido convidado en este Ateneo a hablar de la inolvidable figura de don Manuel Azaña, que me honró con su amistad y para el cual tuve la más profunda admiración, es para mí un honor que estimo sobremanera.

No quiero evocar sino brevemente la época lejana de los años 11 y 12 de este siglo, en que don Manuel, como secretario del Ateneo de Madrid, firmaba las tarjetas de los socios, entre los cuales me contaba yo entonces.

Pero, permítanme recordar de paso esos tiempos felices de mi juventud, el entusiasmo con el cual aproveché la magnífica biblioteca de la calle del Prado, sus conferencias, las charlas cotidianas en las cuales yo, bisoño extranjero, me quedaba embobado y suspenso al oír a don Ramón del Valle Inclán en sus genialidades, a Unamuno, que más tarde traté mucho, a Pérez Galdós, ya casi ciego, y a tantas otras lumbreras de la literatura de la época.

Pasaron los años, y poco traté a don Manuel cuando estuvo en la cumbre del poder. Pero, en los días aciagos en que la República española recibía los golpes más duros de sus adversarios, me ofrecí a él como aí primer representante de una democracia humana que luchaba por su libertad y por todas las democracias del mundo.

Cuando llegó a París, el corazón desgarrado por haber sido obligado a dejar la tierra patria, fui uno de los primeros en saludarle y en ponerme a su disposición. Emprendí entonces la traducción de su magnífico y punzante libro: **La velada de Benicarló**, en que su espíritu indomablemente crítico sacaba de los últimos acontecimientos la lección de filosofía política más acertada y más valiente, para que se aprovecharan de ella los hombres del porvenir.

Más tarde tuve la satisfacción de lograr que tuviese a su lado, en Montauban, al excelente y malogrado Dr. Gómez Pallete, que le prodigó sus cuidados casi hasta el fin de su vida.

Quince días antes de su muerte, mientras iba a terminar la traducción francesa de su aun inédito **Cuaderno de la Pobleta**, Pallete me avisó que don Manuel deseaba verme y entregarme su novela, ya casi acabada, que se titula **Fresdelval.**

Acudí inmediatamente a su llamamiento y pasé en ese hotelito de Montauban, ya ensombrecido por las brumas otoñales, unos tres días que nunca olvidaré.

Don Manuel estaba ya muy mal. Sus parientes, el general Hernández Saravia y algunos familiares le rodeaban, prodigándole los más atentos cuidados. El Dr. Gómez Pallete dormía en el pasillo del hotel para atenderle en seguida durante la noche. Reinaba allí una atmósfera semejante a la que Alfonso Daudet pintó admirablemente en su famosa novela **Los reyes en el destierro.**

Don Manuel pasaba la mayor parte de sus horas sentado en un sillón para evitar una sofocación repentina. De vez en cuando, con el acceso de la enfermedad, su espíritu se nublaba levemente, confundiendo tiempo y espacio. Pero se reanimaba pronto y durante todo el tiempo que pude quedarme a su lado me habló con una claridad de espíritu y una fuerza de pensamiento poco comunes. Era el don Manuel de siempre, con su clarividencia y su acierto acostumbrados.

Después de entregarme el manuscrito de **Fresdelval,** me dijo: "Faltan aún unas pocas cuartillas. Será cosa de unos días para dictarlas. Se las mandaré en seguida a Perpiñán."

Pero, dejando pronto su obra personal, vino a lo que fué, durante los días que pasé a su lado, su constante preocupación: la suerte de sus infelices paisanos en los campos de concentración. ¿Cómo podrían resistir a la vida miserable que les hacían llevar? ¿Cuál sería su ánimo? ¿Qué pensarían de los que tenían el deber de cuidar de ellos, de ampararlos, de pedir justicia y trato decente a favor de aquellos mártires del más acendrado patriotismo?

Era una visión hondamente conmovedora la de este moribundo, ya casi falto de aliento, de habla difícil, de físico agotado, que, olvidándose de sus propios males, no pensaba más que en los padecimientos de su pueblo esparcido en la tierra amarga del destierro.

Traigo aquí el testimonio de un entrañable amigo de la España republicana que puede afirmar que, hasta su último aliento, don Manuel Azaña no tuvo más preocupación ni más afán que la suerte de sus compatriotas maltratados por el designio más funesto que puede conocer una nación.

Hombre de corazón, Azaña fué también el defensor acérrimo y convencido de la legalidad. Me recuerda en este sentido al gran estadista francés Raymond Poincaré, jurista eminente, patriota hasta la medula, para quien la Ley era como una diosa intangible contra la cual nadie podía levantar una mano sacrílega, ya que era la pura expresión de la voluntad popular. Magnífico ejemplo de la verdadera democracia, la que se impone sin trabas ni coacciones, sin tanques ni ametralladoras, la que refleja en su pureza congénita el ideal y los anhelos de todo un pueblo.

Político insustituible, fué también don Manuel un perfecto escritor, amante de su lengua vernácula, purista que llevó hasta el más alto grado el amor al castellano, que manejaba espléndidamente.

Permítanme que les dé a conocer unas cuantas páginas de su última obra, una breve narración en que el alma del paisaje y del pueblo de Castilla palpita tan intensamente como en unas líneas de Unamuno, como en los versos densos y conmovedores de Antonio Machado.

Se trata de un episodio de la invasión francesa en una aldea de la meseta:

Una página inédita de Azaña

Un día de invierno, en la tardecita, llegaron sin aliento dos labriegos al pueblo señoreado por la casa y la iglesia de Anguix. Recio caso: había franceses

Un numeroso público llenó el amplio salón de actos del Centro Republicano Español para rendir tributo, con su presencia, a la memoria del ilustre Presidente fallecido.

en el término, primeros que se dejaban caer por allí desde el comienzo de la guerra. Los vecinos de echaron a la calle, y en grupos habladores, gesticulantes se largaron al ejido. No salían inermes. Casados y mozos requirieron horcas, bieldos, hoces, una escopeta, y sonantes en los pedruscos de las callejas los zapatones herrados, desfilaban hacia el campo, confiriendo temores, oscurecido el rostro por una preocupación irresoluta. No habían hablado tanto desde la última feria. Las mujeres, reteniendo por el brazo a los chicuelos, se arremolinaban en la plaza, entre la fuente y la picota, lloraban, chillaban, volvían los ojos en demanda de consejo al cura viejecito, quien, registrando el breviario por el índice, los brazos en alto, profería sobre el pueblo trenos bíblicos. Algunas reían locamente, excitadas por el suceso, tremendo como el fuego en la era de los estragos del nublo, viendo partir a sus guerreros —¡Dios los tuviese de su mano!— se desgañitaban, iguales la admiración y al espanto: el hombre reasumía su antigua función protectora. Presentáronse los viejos, diez o doce septuagenarios cuando menos, periláticos, entumecidos, desriñonados, en arco las piernas, curvo el espinazo bajo la anguarina, meneando torpemente las cayadas de boj, tiznadas de arabescos ornamentales hechos al humo. Nada entendían, ni su propia vejez. La obtusa terquedad de los semblantes graves, como de gente perita en negocios difíciles, denotaba la persuasión de su importancia, compuesta de inútiles saberes.

—¡Mirad los agüelos!

—¡Tios Calzones!

—¡Un sopapo y a la cama!

Los recibieron gritos semejantes, mengua de la senectud. Un pelotón de zagales hendía los grupos, aullando: "¡Huy, huy! ¡Napoleón, que viene! ¡Corre que te pilla! ¡Huy!" De paso, palpaban a las mozas. Don Bernardo y su tío, en el terrado de la casa altanera, bebiéndose las lágrimas que el cierzo irrespirable (duro como granito) hacía surtir, escudriñaban la soledad aterida de la campiña. Los barbechos, sangre de toro, se ennegrecían entre manchas de nieve. Ráfagas de grana corrían del poniente al cenit, y la negrura, densa en el chaparral, remontaba el tronco de las encinas mochas, se retorcía en las ramas, se ahilaba en perfiles milagrosos sobre el cielo. Blancura sin fulgor. Sombras y viento. Nadie. Un bando de cuervos se revolió, y al despegarse de la encina, trazó la curva de una ceja morena pronto desmenuzada en motas negras. Al punto comenzó a surgir —morrión, torso y montura—, y surgió del todo coronando un recuesto, la silueta de dos soldados de caballería. Más grandes a contraluz, la pareja, recortada en el filo del terreno oscuro, parecía bordear un abismo. Torcieron los caballos, y de cara al pueblo, quietos, como lebreles tomaban los vientos.

—¡Ahí vienen!— profería sordamente el inválido.

El recuesto parió nuevos jinetes hasta agruparse una patrulla. Sus movimientos parecían indecisos. Su quietud, en el gran silencio y la rápida evasión del día, mayor misterio. ¡Asesinos! —gritaba el inválido— ¡Nos veremos las caras!

—Habremos de ser prudentes, señor tío.

—No pisarán esta casa. No los admitas.

—Para que nos fusilen, sin más ni más.

La tropa, anegándose en tinieblas según descendía del recuesto, gobernó en derechura al pueblo. Cuando los recios caballos arrancaron chispas a las losas del atrio consistorial, la villa oscura se había ya tragado al vecindario. La cólera del viento, rebotado entre calles, embestía sola al invasor. Sonó en la plaza el ruido graneado, seco, de caballos que se alinean pateando en piedra, voces de mando, aporrear de puertas. El primer vecino a quien cazaron —ya tuvo para contar toda su vida— entrevió un rostro bigotudo, apremiante: "¿Alcalde? ¿Alcalde?"

La patrulla precedió a la vanguardia de una columna, camino del Tajo. En breve el pueblo se llenó de armas, estruendo y resplandores. Hogueras ardieron en la plaza. Se apretaban junto a la lumbre corrillos de infantes, embarrados hasta las corvas. La torre, estremecida en contorsiones de sombra y claror, surgía temblando en luz de llamas. Traído y llevado del viento sobre las últimas tropas en ruta, el zarpazo bermejo iluminó de flanco el ojo de un caballo, la longura de un sable, un cuarto de faz, y los hizo valer en la compacta rediedumbre de una masa respirante que viene marchando. El golpeteo duro de los cascos se extinguió por hileras.

Tres jinetes alcanzaron en una carrerilla los umbrales de Anguix. Un militar rubito se encaró con los señores. "Esta es la ocasión" —decíase el inválido, acariciando la culata de la pistola. Veinte palabras españolas sabría el boquirrubio y de pocas más, francesas, disponía don Bernardo. En tal modo quedó notificado el decreto marcial: la plana mayor y una escolta se alojarían en la casa. El inválido aulló: "¡Nunca! Tenemos fuero... Exentos, ¿entiende?" Sotto una rociada de insultos, incomprensibles, para el militar. Entendió al menos el disgusto del viejo, sonrió, "**je regrette...**", dijo finamente, y se volvió al zagüan. Llegó la tropa. Don Bernado miraba desde lo alto de la escalera al descuido, el destroso, bajo el arreo y las armas, de infelices hombres aspeados; mirábalos recostarse en las paredes, acurrucarse en el suelo, y aguardar con displicente paciencia su acomodo. Su casa, rincón del mundo, aguantaba el manotazo de un destino incalculable. Lo inverosímil se había hecho carne. A una voz, el orden y el vigor de la tropa, al parecer agotada, renacerían, pronto a cualquier estrago. Morir fusilado, arder la casa, encharcarse de sangre el pueblo, eventos increíbles como el subir el Tajo a las alcarrizas, estaban al alcance de la mano, pendientes de un tris. ¡Ay! El desastre no sería de gran monta en el cataclismo español. Pavor, tristeza, orgullo impotente, pesadumbre por sus gustos de paz brotaron de su corazón en chorros de lágrimas. Don Bernardo no se sufría a sí mismo. Soñaba un suceso maravilloso, un desquite; sepultarse con los enemigos, fugarse a la paz eterna.

Presurosos, guiados del rubito, con mucho retifilir y cabrileo de espuelas, sables y divisas, largando con el vaho de los capotes una estela húmeda, sabrosa de olores a monte, los oficiales subieron la escalera, crujiente bajo las recias pisadas. Don Bernardo miraba de reojo a sus huéspedes cuando transcurría frente a la puerta del gran comedor. Un oficial de media anqueta sobre la mesa, tecleando en la tapa del chacó, oía sonriente a un compañero, nimbada la cabeza, entrecana por la luz del gran velón, más fría y clara en el tumulto de fulgores rojizos movido por el hogar. Bultos oscuros se rebullían con destellos metálicos cerca de la lumbre. Derribado en el sofá, un cazador verde se atusaba distraído las patillas. Esto le duraba a don Bernardo en el sentido, aunque no lo procurase. La vista de uniformes y armas le despertaba el deseo semejante al dolor del corazón, de expiar sus ocios pasados. "Me creo dispuesto a todo. ¿A qué? No se me ocurre. Si no se me ocurre, no estoy dispuesto a nada. La inspiración debiera venirme del valor, no del entendimiento. Soy un cobarde". Unos dedos sarmentosos lo aprehendieron, un resuello acezante calentó sus mejillas, la voz asordada del inválido le dijo de boca a boca: "Ven..... Sin ruido". A hurto de todos suputaron tiempo, distancias, fuerzas. "¿Eso es posible"? —decía don Bernardo— "Como ellos quieran, cosa de juego". Los dos hombres se abrazaron. "¡Me vuelve usted el alma!" El inválido le retuvo en sus brazos, como a pecador arrepentido.

Dormidos pueblo y casa, un vientecillo sonámbulo bruñía el rescoldo de las hogueras. Del corral de

Anguix se despegaron dos bultos, reptando entre broza hasta las fauces del barranco próximo. La noche serrana exhaló un hielo negro, vigilantes la raposa y el gallo. Al quebrar el día, centinelas amortecidos no sintieron brincar el hierro que los despeñó. Regueros de hombres se escurrían a lo largo de las tapias. Gente de pelo en pecho, el alma berroqueña, el coraje para mucho más que la muerte. Una regla concluía su táctica: matar mucho y pronto; en haciendo carne, escurrir el bulto, hasta otra. La alarma fué tardía. Al romperse el fuego, ya desembocaban ligeros en la plaza, donde los franceses organizaron la resistencia. Otros puestos no se dejaron sorprender, pero en lo más del pueblo, la carnicería cundió, sangrados hombres y bestias. Cazaban franceses a tenazón, según salían de su yacija; algunos, sin pestañear, empalmaron los dos sueños. Relinchos de caballos desjarretados rasgaban el fragor del tiroteo con la exhalación disiacerante del pavor animal. El ataque se espesó contra la casa de don Bernardo, El inválido franqueó un postigo. Una manga de partidarios se enhebró galerías adentro, hasta el zaguán, cebándolo de cuerpos. Pocos tiros. Rugido sordo de hombres que se estrangulaban. El inválido acertó con un balazo al cazador verde, que bajaba la escalera sable en mano, y el proceroso oficial rodó. Otros, en lo alto, daban órdenes, replegando a la tropa en la escalera: desde el rellano barrían el zaguán, donde no quedaba enhiesto un uniforme. Haces de sarmientos llovieron sobre el cuerpo del cazador. Cebaron con pólvora, prendieron de cada lado, y apenas la llama, rotos los entresijos de la pira con silbos y bufidos alegres, acarició rollizos de álamo y tillados de roble centenarios, hubo un solo chasquido, una inflamación, la algazara chispeante y tonante con que hartaba en la quema su sed de fuego. Los portones cedieron. Un aluá de partidarios quiso arrojarse al zaguán y el incendio los detuvo. No había más que hacer, ni allí ni en parte alguna. La partida abandonaba el pueblo, tiroteándose con los franceses entre las cercas, se escabullía por el barranco, ganaba el monte. ¡Echale un galgo! La tropa desplegó para una batida inútil. Tiros sueltos retumbaron. Un destacamento se adelantaba sobre la casa de Anguix a paso ligero. El inválido, mal servido por su pata tuerta, se rezagó. Echáronle mano, y arrimado a una tapia con quince más, lo fusilaron antes de que la casa linajuda hubiese concluido de arder".

El afán de pulcritud que tenía Azaña por el habla española se unía en él al amor infinito que profesaba para el pueblo que se había entregado a él.

¡Cuántas veces hemos lamentado que no estuviera aún al frente de los republicanos, hasta en el destierro, en aquellos momentos angustiosos de la lucha suprema contra el fascismo franquista!

Pero nos queda su admirable ejemplo, la dignidad de su vida y de su muerte, la páginas que escribió y en que palpita el alma indomable de un español a macha martillo, aristócrata del espíritu y de la pluma, que fué, en un momento dado, la figura más conmovedora de una democracia momentáneamente vencida. En él vivió en toda su plenitud, el alma inquebrantable de los que saben resistir, luchar y morir para que resuciten un día, en su patria, la justicia y la libertad.

CARLOS ESPLA

Desde esta alta y ancha meseta mexicana donde el hombre se da cita fabulosa con el águila y la serpiente, el emigrado contempla su historia, se asoma a su pasado, es decir, a la historia y al pasado de su patria. Toda meseta tiene algo de mirador. Y desde ella, lo pretérito adquiere en el aire transparente de esta altura, que es también valle, nítidos contornos mediterráneos. Toda meseta tiene también algo de pedestal. Y a él se encaraman las ingráyidas imágenes de nuestros recuerdos. En estos mediodías de otoño es cuando mejor podemos verlas, pues la luz limpia de esa hora, como luz de Monóvar o de Benidorm, no adultera la historia. Los hombres y los hechos se ofrecen entonces en sus auténticas dimensiones humanas, y sin deformidades de perspectiva ni de crónica, sin lejanía, tampoco, de años y leguas. Todo es ahora presente y actual, con presencia acendrada por la verdad, en la mágica bola de vidrio donde se adivina el pasado. ¡Tremenda prueba del desterrado que quiere conocer el futuro de su patria! En ese angustioso ejercicio, labrado en tantos insomnios, buscamos, con preferencia sobre todas, la compañía de Azaña. La buscamos en la remembranza de su obra, en la evocación de su figura histórica, en la lectura de sus libros, en la resonancia de su voz aun no extinguida, en la reanimación de su gesto aduste. Lo vemos una tarde, bajo la luz, que ahora recordamos como luz submarina, del hemiciclo parlamentario, en una sesión de las Cortes Constituyentes. La pasión española, exasperación ciudadana, forma los radios de aquel semicírculo estremecido por la contienda política. No es necesario precisar cuál ha sido el momento de confusión anterior, la enardecida turbulencia provocada por la dentellada del jabalí, o la pirueta del clown, o el frenesí del personaje insigne.

La vocación y el deber

El instante es dramático. El rojo de los escaños está al rojo vivo. Entonces se levanta Azaña a hablar. No precisa tampoco decir cuál es el discurso: uno de una de aquellas tardes. Toda la teatralidad parlamentaria se desvanece ante la presencia antiteatral de Azaña en la cabecera del banco azul. Para lograr tal punto de claridad en la idea y en la palabra, forzoso era alcanzar la suprema naturalidad. Nada hay en la voz ni en el ademán, nada que sea artificial, ni amañado para el efecto oratorio. La única reja retórica de Azaña es la sencillez. Sencillez lograda con años y años de silencioso estudio, bebiendo en las claras fuentes de los clásicos, peregrinando incansable por libros y tierras de una vieja e ilustre cultura. Esta claridad mental, esta sencillez retórica permiten ordenar la confusión parlamentaria. Todo queda entonces en claro y en orden. A veces la palabra clara es tan sencilla, que el contradictor se resiste a aceptarla: se había entumecido en una red trabajada a ciegas por él mismo, y no cree tan fácil desprenderse de su propia niebla. En la palabra cartesiana de Azaña fluye oculta la castellana vena de las reminiscencias clásicas, con destellos y fulgores del Romancero, del Arcipreste, de los claros varones de su **"tierra eterna"**, de su **"raza perdurable"**. Recordamos el prodigio de claridad y sencillez, de orden y naturalidad en aquella tarde —una como otra cualquiera— de las Cortes Constituyentes. No interesa precisar de qué hablaba, en qué palpitante tema español se mejía su discurso. Lo que recuerdo es que la palabra de Azaña fué clara, clarificadora, y que el espectáculo parlamentario perdió en aquel momento su teatralidad política y su iracundia, para convertirse en una escena serena y viva de nuestra vida nacional.

¿Por qué está Azaña en aquel instante, en aquel hemiciclo, bajo aquella luz submarina, hablando con calma en la tormenta, poniendo claridad en la confusión? Este hombre era, hace no aun mucho tiempo, un retraído. Nadie sabía, él tampoco, que sus vigilias de tantos años, entre libros y trabajos, que son historia y pensamiento, pero historia viva y pensamiento no libresco; nadie sabía, repito, él tampoco, que sus años de lecturas y meditación, y sus peregrinaciones en busca de la verdad española, le preparaban para gobernar. Su formación moral e intelectual se había elaborado en la soledad estudiosa con absoluto desinterés, como un puro goce del espíritu, que goce tal hay también en este drama de su generación. Drama que ilumina las páginas melancólicas **del Jardín de los frailes**, donde el joven estudiante, a solas con su drama en su celda de la Herrería, sentencia: **"Uno mismo es toda la verdad."** Drama del rehacer la vida derrumbada, para cumplir más tarde una pungente ambición creadora. El propio Azaña lo dijo con estas palabras: **"Nosotros hemos rebasado aquella etapa decadente del espíritu español que contaba por meses y aún por días el tiempo que le faltaba para desaparecer. Desechamos la opresión del pasado y las añoranzas históricas"**. Esto dice Azaña en su discurso del 11 de frebrero de 1930. (No os extrañe —decimos de paso— ese aparente desdén suyo por el pasado y la historia. Ya lo explicaremos en seguida, para que no haya error). Aquel discurso es el primer acto republicano de cierta importancia que, cara al pueblo, realiza Azaña, y cuando éste recoge más tarde aquellas palabras suyas en un libro, a tal discurso del 11 de frebrero le pone el siguiente título: "Llamada al combate". Antes había escrito Azaña el manifiesto de "Acción Republicana", en mayo de 1926. Entre nosotros hay alguno de los firmantes de aquella presentación del grupo de "Acción" en la palestra política, que es —son las mismas palabras de Azaña "un llamamiento a la libertad y a la justicia" y una declaración categórica de republicanismo.

¿Qué es lo que ha lanzado a la pelea y a la acción a este hombre de estudio, soberbio y ascético: **"La vocación y el deber"**, dice en ese mismo discurso. O como dirá en otro momento: **"Nuestra indignación de hombres libres y nuestra tristeza de españoles"**. He ahí el nudo del tremendo drama español, azañista. Y aquí viene a punto explicar aquel aparente desdén por el pasado y la historia. ¿Desdén? Váis a oír. Permitidme la cita, para vuestro regalo: **"La República** —dirá Azaña cuando aun no se ha cumplido un año de la instauración del nuevo régimen—, **la República para mí, es actualmente en España la forma estricta de la vida nacional, y a las gentes desalumbradas que en su furor polémico han llegado hasta a decir que yo he dejado de ser español, yo les preguntaría qué saben ellos de España y de los españoles. Me argumentan diciendo que la política que yo represento es una política antiespañola y antitradicional. Se sorprenderán algunos si dijese rotundamente que yo soy el español más tradicionalista que hay en la Península"**. Y añade luego: **"Somos prisioneros de la tradición; la vida espiritual del hombre está gobernada por la tradición, y cuando parece que la combate, la continúa. Ahora bien: lo que no podemos admitir nosotros es que se identifique España y la tradición española con los harapos de la vida política española, caída ya en la miseria y en la hediondez, con los restos de regímenes abolidos... España es anterior a Recaredo, y cuando los últimos vestigios de la posteridad espiritual de Recaredo hayan desaparecido, España subsistirá... Lo que ocurre es que hay gentes que van a beber en la desembocadura del gran río de la Historia, y nosotros, los que estamos acostumbrados a surcar España en su campo físico y moral, sabemos dónde está el puro manantial intacto"**.

Hasta aquí las palabras maravillosas de Azaña.

¿Véis en qué fervor se ha convertido aquel supuesto desdén? Pero hay que saber cuál es la opresión del pasado y cuáles las añoranzas históricas que el político creador desecha. Así sabremos que Azaña va a la política con la clara misión que él mismo señala a la República: la de **"poner punto a una digresión monstruosa de la historia española,"** y reanudar una tradición. **"Hay** —dice— **una tradición popular republicana, libertadora, en el espíritu español, y sobre todo en el espíritu castellano, y queremos reinvindicarla, ponerla en pie y engrandecerla. Es, pues, la República para nosotros la reanudación de una gran tradición española, de una tradición liberal, de una tradición popular"** La tradición azañista de España es por tanto, la libertad. Sin la revelación de este tradicionalismo español, no se comprendería la política de Azaña.

Y no hay, decimos nosotros ahora, antinomia, contradicción, con aquel aparente desdén de que hablábamos antes, **"porque el ser de la Historia** —volverá a decir a Azaña— **no es el hombre; el ser de la Historia es España, no el español"**. ¡Oh, insensatos de quienes quisieron destruir esa política con una falsa idea imperial! ¡Qué saben ellos de imperios!

Todas las fuerzas reaccionarias de España se desatan contra Azaña

Volvamos ahora al momento en que Azaña habla una tarde en aquellas Cortes Constituyentes. Todo parece que está por hacer, y todo va siendo modelado por el hombre de gobierno. Hemos hablado de su afán de claridad, de su naturalidad, que es resistencia a lo artificioso, y también al lugar común. ¡Tremendo delito el suyo! Su modo de hacer y de decir tiene una suprema originalidad que nace de su misma naturalidad. Y de ahí viene el choque de Azaña con el mundo irreal de los convencionalismos políticos y de los resabios monárquicos. Azaña tiene en sus manos, en el momento que evocamos, la materia de su obra: Cuestión militar, problema religioso, ordenación económica, reforma agraria, progreso social, autonomía de los pueblos, impulso de la cultura, de las obras públicas, régimen de libertad, de libre discusión, de responsabilidad, parlamento, democracia... Todo ello hecho obra viva, y todo ello realizado en la práctica del gobierno, con una honradez, con una rectitud de conciencia, con una austeridad que quedarán en la historia política de nuestra patria cual un ejemplo que nadie podrá superar. Y ved ya la tremenda venganza del monstruoso pasado reciente. Azaña es el hombre más combatido, más odiado, más difamado de España. Frente a su obra creadora se levanta la terrible barrera del odio, del miedo y de la intolerancia. También el vocerío de los pícaros, sacados a la vergüenza con sólo presentarlos por contraste en el cristal de su conducta. Pero todo esto del odio, del miedo y de los pícaros no es todavía sino impotencia. Azaña sigue su obra creadora, pensando que de sus manos salga un pueblo mejor, y más libre y feliz, y menos pobre. Y el pueblo, para él es aquel castellano anónimo que mira con desprecio sublime al presidente del consejo que pasa, es aquel pelaire, aquel artesano, son aquellos **"pobres gañanes montados a mujeriegas en las mulas"**, encontrados en los caminos de Castilla; aquel hombre humilde, hombre sin letras **"que ha heredado una civilización, aunque no haya heredado un conocimiento ni un saber"**.

A veces, en el afán de la obra, el gobernante tiene un instante ¿de meditación? ¿de desaliento? ¿Se perderá nuestro esfuerzo —se pregunta— como tantos otros frustrados en la tragedia de la intolerancia española? Y su vista se vuelve, melancólica, hacia los fugaces bienios liberales del siglo XIX, relámpagos esplendentes en las tinieblas del despotismo español. ¿Va a repetirse, también ahora, la dramática frustración? Todos los pueblos conocen esta lucha incesante, heroica, sangrienta, por su libertad, pero acaso sólo el español es siempre el pueblo vencido. Tanta sangre vertida en esa lucha por la libertad es lo que lo desangra y lo deja yacente, maltrecho, al final de la lucha: Quijote sin posible escarmiento. La meditación angustiosa de Azaña tiene pronta realidad. Termina el bienio republicano, y vuelven —fantasmas socarrones— los muertos insepultos. Azaña es perseguido como nadie lo fuera. El odio vence a la comprensión, la barbarie a la tolerancia. Azaña era la ética republicana, pero España iba a jugarse la República a un golpe de ruleta, de straperlo, que fué, ya lo hemos visto, el primer símbolo imperial. Es entonces cuando empieza en España la insurrección contra la inteligencia. Aun tiene la España auténtica, la España azañista, sacudidas triunfales. La ha congregado, victoriosa, Azaña en los campos abiertos de Mestalla, de Lasesarre, de Comillas. **"Ahora que estamos solos, que no nos oye nadie"**. Resuena el trallazo de su sarcasmo y la inmensa apelación al pueblo. Pero no tardará mucho en ver toda su obra destruída

por la traición, por el odio, por el crimen. El creador ve que todo a su rededor cae en ruinas. Y ¡cuántos rostros horribles se descubren al caer las caretas! ¡Angustiosa experiencia!

La guerra de invasión

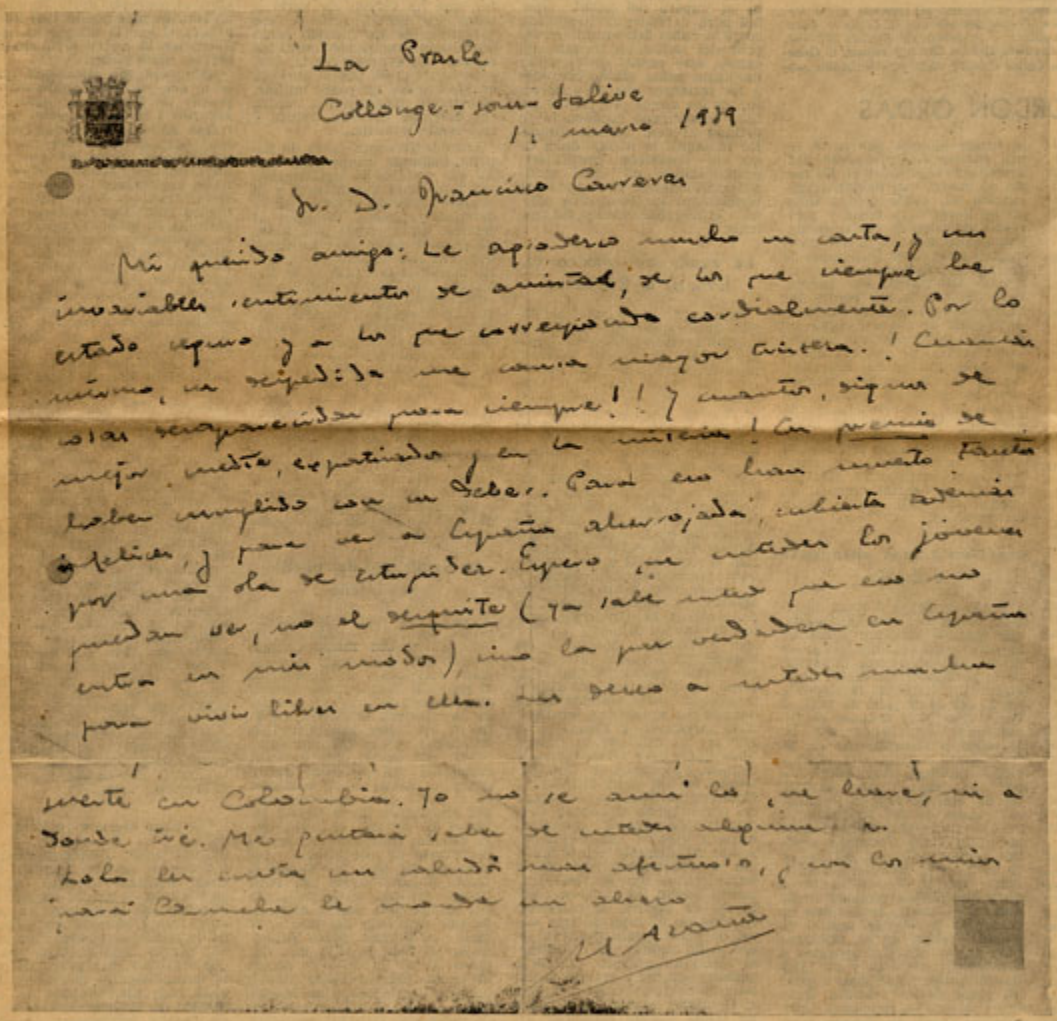
De Azaña, durante la guerra incivil, durante la guerra del crimen contra España, quiero recordar esta estampa: Es una de las primeras jornadas de la guerra. Anochece tristemente en este final del verano manchego. Madrid está a oscuras. Se combate ferozmente en la Sierra. Artesanos y obreros, albañiles y estudiantes, barberos y poetas, tipógrafos y horteras, van, sin armas, hacia el Alto del León, esperando, para empuñar un fusil, que lo suelte la mano sin vida del caído. Detrás de un alto ventanal que da a la plaza de Oriente, el presidente de la República, rodeado de unos pocos amigos, contempla con tristeza la desolación crepuscular de la plaza madrileña. Pasa un camión con temblores de banderolas y gritos de entusiasmo. Va cargado de hombres jóvenes, que se dirigen, sin armas, hacia la Sierra, hacia la muerte. Miran a las ventanas del Palacio Nacional. No hay luz, y nada puede verse desde la calle. Pero los milicianos dirigen hacia donde está Azaña en la penumbra, invisible, sus miradas adivinadoras. Estallan unos vítores y se agitan en el aire, sobre el zarandeo del camión descubierto, unas gorras proletarias y unos gorros cuarteleros: "¡Viva la República! ¡Viva Azaña!" La faz adusta, severa de Azaña, se conmueve. Hay en su semblante pálido como un estremecimiento angustioso, y con voz que se quiebra en una congoja, exclama: "¡Pobres mozos! ¡Qué pocos volverán!".

Esta estampa de la guerra dolorosa —del dolor español de la guerra— se completa con esta otra: Pocas semanas después. Noche cerrada ya. Campo negro sin luces, con frío fino del Guadarrama. Vuelve Azaña en coche de un rápido viaje a un lugar de las cercanías de Madrid. A la entrada de un pueblecito, a oscuras, en la carretera, un carro atravesado en medio de ésta, una como garita o choza a un lado, unos macilentos farolillos: es el "control". Los motociclistas de la escolta deben haber dicho quién viene en el coche. Movimiento de las linternas. Gira el carro atravesado en medio de la carretera, y abre camino. El auto presidencial marcha lentamente. Se acerca una luz incierta. Su tenue resplandor deja ver una mujer pobre, una aldeana, ya sin juventud, arropada en un rústico chaquetón de hombre, envuelta la cabeza con una toquilla, una escopeta en bandolera: una mujer del 1808 de Goya. Se asoma a la ventanilla del coche, alumbrándola con su farolillo. Dice sencillamente, como disculpándose: "Buenas noches, don Manuel. Los hombres están en la Sierra". El presidente contesta conmovido al saludo. Corre otra vez rápido el auto presidencial por la carretera hacia Madrid. En el oscuro rincón del coche se oye como un sollozo, y estas palabras como una obsesión: "¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer!".

Creed —yo estaba allí— que jamás me pareció Azaña tan hondamente, tan patéticamente español.

Con este dolor del hombre —y de la mujer— de **"la raza perdurable"**, hermano de aquellos pobres labradores, encontrados en tierras de Valladolid, camino —misterio— de la iluminada ciudad moderna o de la villa militar torreada; con este dolor del ser español, marchó Azaña al destierro. Y este dolor del **"pueblo eterno"**, le rompió el corazón, en Montauban. Hace seis años.

Todos los oradores fueron largamente ovacionados al terminar sus discursos, y en medio de fervorosos aplausos dióse fin al emocionante acto tras las últimas palabras del señor Esplá.



La Brale
Collonge-sous-Salève
1, marzo 1939

Sr. D. Francisco Carreras

Mi querido amigo: Le agradezco mucho su carta, y sus invariables sentimientos de amistad, de los que siempre he estado seguro y a los que correspondo cordialmente. Por lo mismo, su despedida me causa mayor tristeza. ¡Cuántas cosas desaparecidas para siempre! ¡Y cuántos, dignos de mejor suerte, expatriados y en la miseria! En premio de haber cumplido con su deber. Para eso han muerto tantos infelices, y para ver a España ahorrojada, cubierta además por una ola de estupidez. Espero que ustedes, los jóvenes, puedan ver, no el desquite (ya sabe usted que eso no entra en mis modos), sino la paz verdadera en España para vivir libres en ella. Les deseo a ustedes mucha suerte en Colombia. Yo no sé aún lo que haré, ni a dónde iré. Me gustará saber de ustedes alguna vez. Lola les envía sus saludos más afectuosos y con los míos para Carmela, le manda un abrazo.

M. Azaña

Una carta de AZAÑA

Sr. don FRANCISCO CARRERAS.

Mi querido amigo:

Le agradezco mucho su carta, y sus invariables sentimientos de amistad, de los que siempre he estado seguro y a los que correspondo cordialmente. Por lo mismo, su despedida me causa mayor tristeza. Cuántas cosas desaparecidas para siempre! ¡Y cuántos, dignos de mejor suerte, expatriados y en la miseria! En premio de haber cumplido con su deber. Para eso han muerto tantos infelices, y para ver a España ahorrojada, cubierta además por una ola de estupidez. Espero que ustedes, los jóvenes, puedan ver, no el desquite (ya sabe usted que eso no entra en mis modos), sino la paz verdadera en España para vivir libres en ella. Les deseo a ustedes mucha suerte en Colombia. Yo no sé aún lo que haré, ni a dónde iré. Me gustará saber de ustedes alguna vez. Lola les envía sus saludos más afectuosos y con los míos para Carmela, le manda un abrazo.

M. AZAÑA.

El 5 de marzo de 1939, don Manuel Azaña, entonces presidente de la República Española, recibió las cartas credenciales del nuevo embajador de México, coronel Adalberto Tejeda. En la ceremonia brillante y conmovedora, Azaña pronunció un breve discurso en el que dijo entre otras cosas:

"México ajusta su vida de relación con los demás pueblos al leal cumplimiento de los deberes que impone la ley internacional. Repruebe la violencia. Repruebe la intromisión de poderes extranjeros en los asuntos interiores de un pueblo. Esta virtud es tanto más admirable cuanto más frecuentes son los casos en que la vemos olvidada. España conoce muy bien la pulcritud y la decisión con que el gobierno y el pueblo mexicanos respetan y afirman los derechos de la República Española, que no son otros que los de la Nación, en su conjunto, para decidir libremente el régimen a que quiere estar sometida. Así lo ha hecho en varias ocasiones durante los últimos años y así lo volverá a hacer en cuanto normalmente pueda ser convocada para el caso. El pueblo español lucha por que se reconozca y se afirme la legitimidad de las decisiones emanadas de la mayoría de la opinión. Ninguna minoría, sean cuales fueren las banderas que despliegue, tiene título para imponerse a la restante del país. La fortaleza necesaria para hacer frente a las duras pruebas actuales se funda en esta persuasión, probada por la experiencia: la inmensa mayoría del pueblo español no quiere vivir sujeta a una voluntad despótica e irresponsable. Ningún régimen político, en ningún país del mundo, en ninguna época de la historia, cuenta, ni ha podido contar, con la adhesión unánime de todos los ciudadanos. Pero en el punto a que ha llegado el adelanto político en los pueblos civilizados, la convivencia pacífica con los disidentes o los descontentos siempre es posible bajo un Estado inteligente y tolerante que garantice la conciencia individual, la libertad civil y política, propugne la justicia social y, amparándola con la ley, asegure a la personalidad del hombre el camino de su expansión y progreso.

"Recordar que México ha conocido sufrimientos muy semejantes a los que ahora azotan al pueblo español es de vuestra parte, señor embajador, una finesa. México no los olvida en estos momentos en que disfruta del bien inestimable de la paz. Es fiel a sí mismo, a su ser histórico. Vuestra experiencia propia os sirve para medir la profundidad de esta crisis española, y la resolución con que sostenéis el claro derecho del pueblo español no es solamente una actitud de la razón política y jurídica, sino un sentimiento caluroso. Es también cierto que al proceder así el gobierno y el pueblo mexicano se percatan de la gravedad creciente que implican los ataques a mano armada contra la República Española y del interés general en el pronto restablecimiento de la salud internacional".

A.P.C.E.
SIG.: 1.2F/1166

El madrileñismo de "Los 4 Gatos"

EL X ANIVERSARIO DE LA DEFENSA DE MADRID

UN GRAN DISCURSO DEL SR. GORDON ORDAS

No podían los republicanos españoles de México pasar desapercibida la fecha del 7 de noviembre, al cumplirse el X aniversario de la defensa de Madrid, en tal día del año 36 iniciada.

De consiguiente, y como en años anteriores, la Agrupación "Los 4 Gatos", que a sí mismo se titula "madrileñista" mejor que "madrileña", porque ella, como el madrileñismo —y como la defensa de Madrid— tiene españoles de todas las regiones unidos por el espíritu tan personal y atrayente de aquella ciudad inolvidable; la Agrupación "Los 4 Gatos", repetimos, fué la organizadora del acto: un cordial banquete celebrado el domingo 10 en los salones del Centro Republicano Español.

Consistió el año pasado la conmemoración en una fina y culta conferencia de don Fernando de los Ríos, que no olvidan los que la escucharon; el año anterior en otra comida con intervenciones verdaderamente magníficas de don Alvaro de Albornoz y don Manuel Albar.

Cada año se han renovado los oradores: y en este se tuvo el acierto de solicitar de don Felix Gordón Ordás que fuese su prestigiosa palabra la que coronara el acto al explicarnos su significación.

Más de 200 comensales, madrileñistas entusiastas, se sentaron a las mesas del banquete, presidiendo, con don Vicente Serrano que lo es de la Agrupación, el señor Embajador de la República y la señora de Nicolau D'Olwer, el General don José Miaja y señora, don Felix Gordón Ordás y señora, el General Urrutia, del Ejército mexicano, don Carlos Esplá y otras personalidades relevantes.

D. FELIX GORDON ORDAS

Señoras y señores, no me culpéis a mí de que vaya a molestar vuestros oídos durante unos minutos. Culpad a los directivos de la Asociación "Los Cuatro Gatos", quienes tuvieron la gentileza de solicitarme para tomar parte en este acto.

No soy hombre de conmemoraciones. Yo suelo tener los amores y los odios hacia las cosas que han venido pasando en esta vida muy guardados en el fondo de mi alma, para entusiasmarme o indignarme a solas. Difícilmente puedo yo exteriorizar ninguna clase de complacencia o de repulsión; pero soy —lo he sido toda mi vida, a pesar de la mala fama que me adjudicaron— un hombre disciplinado, y cuando se me pide algo, lo cumplo, si es en servicio de la República. Por esta razón voy a deciros una cuantas palabras.

En conmemoraciones anteriores de esta fecha se han leído o pronunciado discursos verdaderamente extraordinarios. Recuerdo, entre otros unas cuartillas admirables de Manuel Albar y un discurso, prodigioso como todos los suyos, de Alvaro de Albornoz. Yo no soy un poeta ni un soñador. Sería, pues, imposible para mí cantar como lo siento en el fondo de mi alma, a ese Madrid que tiene, entre otras virtudes, la de albergar con cariño, con gesto abierto de fraternidad a los hombres de todos los pueblos de España. El pueblo menos provinciano entre todas las provincias de España, es Madrid. Se ha dicho humorísticamente, pero no sin cierta razón, que en Madrid hay personas de todas partes, incluso madrileños. Por eso Madrid es tan grande, porque no tiene un sentimiento localista de la vida.

En todos los momentos, a través de la historia de España, en que ha habido que enfrentarse a hechos trascendentales adversos al sentimiento de libertad que sustentó siempre el pueblo español, Madrid ha figurado a la vanguardia. En la edad moderna, cuando hubo que luchar contra la tiranía napoleónica, Madrid, sin menosprecio para las gestas heróicas de los demás pueblos de España, fué la síntesis admirable de aquel esfuerzo patriótico. Y cuando hubo que luchar contra la nueva tiranía, contra el nuevo despotismo, fué Madrid el pueblo que marcó al mundo entero la pauta que había que seguir en defensa de la libertad. Y cuando el 6 de noviembre, en aquella noche angustiosa y dramática del 6 de noviembre, Madrid se enfrentó a las cuatro columnas militares del general Mola y sabía que existía dentro de su propia ciudad la quinta columna de que él hablara, es muy posible que el pueblo madrileño sintiera un espasmo producido por el miedo ante la fuerza enorme que se le venía encima encontrándose desarmado. Pero Madrid, en los meses de guerra que habían transcurrido ya, había tenido tiempo de llegar a la triste y dolorosa conclusión de que se encontraba poco menos que solo en el mundo frente a la avalancha de fuerzas internacionales que, en ayuda del franquismo traidor, habían ido a luchar contra las libertades españolas. El Gobierno de España se había dirigido en múltiples ocasiones al organismo internacional de que era miembro denunciando las brutalidades que impunemente se estaban cometiendo contra España por países que, perteneciendo también al mismo organismo internacional, tenían la obligación sagrada de respetar el Pacto. Y ante las reclamaciones que nuestros representantes en Ginebra formulaban constantemente, un silencio de hielo era la única contestación.

Las Democracias abandonan a España

Antes de llegar a estos extremos había ocurrido un hecho que quienes vivíamos fuera de España interpretamos desde el primer momento como indicador de la pérdida irremediable de la guerra por parte de la República. El día 30 de julio de 1936, es decir, trece días después de comenzada la rebelión militar, aterrizaron forzosamente en territorio de Argelia seis hidroaviones italianos. Iban piloteados por un capitán y cinco sargentos del ejército regular italiano; se trataba de seis hidroaviones del ejército regular italiano. Ante las autoridades francesas, aquellos pilotos militares del ejército italiano, no tuvieron absolutamente ningún inconveniente en decir que habían recibido el día quince, es decir, tres antes de comenzar la rebelión militar en España, orden de su Gobierno para llevar aquellos aparatos a territorios de Ceuta y de Melilla, que sabían que iban a estar en poder de los rebeldes. Quienes vivíamos en funciones diplomáticas fuera de España esperamos con extraordinaria ansiedad la reacción de las democracias occidentales ante aquel hecho inaudito. Reacción aparente de condena contra ese hecho, no hubo ninguna; pero inmediatamente Francia, con el apoyo y probablemente a instigación de Inglaterra, propuso la formación del Comité de No Intervención. La finalidad de este Comité no podía ser más noble. El Comité pretendía evitar la intervención de las armas extranjeras en España. No tenía, en realidad, derecho este Comité a actuar en lo relativo a la entrega de armas al Gobierno de la República Española, porque es práctica y precepto del Derecho Internacional el apoyo a los gobiernos legítimos con los que se tiene amistad, contra toda clase de rebeliones que frente a ellos se levanten. No tenía ningún derecho para hacer eso; pero, sin embargo, nosotros aceptábamos que un Comité formado por representantes de las grandes naciones europeas, impidieran a las dos partes beligerantes obtener armas del extranjero. No nos importaba que se desconociera ese legítimo derecho nuestro, porque estábamos seguros de que bastaba el ímpetu del pueblo español para defender la República, como ha había demostrado en las primeras luchas en las que, sin armas, este pueblo de ejemplar heroísmo había sabido contener a los traidores que se apoderaron de las armas propias del Estado republicano español, la fidelidad al cual habían jurado. No teníamos la menor duda de que el fenómeno continuaría produciéndose de igual modo cuando lucharan en las mismas condiciones los elementos adictos a la República contra los traidores.

La ayuda de México en favor de la República

Mas pronto se vió que aquel Comité de No-Intervención se preocupaba exclusivamente de impedir que al Gobierno de la República Española le llegaran las armas que tenía derecho a comprar en el exterior. Mientras esto ocurría, italianos y alemanes llevaban a España toda clase de armamentos. El Gobierno de la República envió, en los primeros tiempos de guerra, notas de protesta a todos los Gobiernos europeos: al Gobierno francés, al Gobierno inglés, al alemán, al italiano, al portugués, sin obtener de los mismos otra cosa que contestaciones puramente literarias. Y cuando el ejército franquista, con moros, italianos y alemanes, llegó a las puertas de Madrid, ya todo el pueblo español tenía la convicción íntima de que su esfuerzo para situar el conflicto dentro de las normas del Derecho Internacional había fracasado por completo. España se sentía totalmente aislada absolutamente abandonada por aquellos en cuyo servicio derramaba la sangre generosa de los hijos de su pueblo. Nada tiene, pues, de extraño que cuando, por virtud de mis gestiones, ni largas ni difíciles, el Gobierno de México, encabezado por el general Lázaro Cárdenas (atronadores aplausos), dispuso que se nos vendieran veinte mil fusiles y veinte millones de municiones, que era la única reserva que en aquel momento tenían los almacenes militares de México, al conocerse en España, al cabo de tres meses de guerra, esta pequeña cooperación militar, se considerase como un milagro, porque a aquellas alturas y gracias al Comité de No-Intervención, España el Gobierno legítimo de España, no había podido conseguir armas con que defenderse en ninguno de los países europeos, ni siquiera en Francia, que había impuesto a España tres años antes, en un tratado comercial, la compra de armas que al firmar el tratado no necesitaba. (muchos aplausos).

Nada más lógico y explicable que ante esos hechos lamentables, tristes, conocidos por el pueblo de Madrid, cuya sensibilidad política es extraordinaria, se sintiera, en la noche terrible del 6 de noviembre, el desaliento, la desesperanza, el temor, la duda de poder contener la avalancha que sobre Madrid venía. ¿Y qué pasó? ¿Qué milagro ocurrió en el espíritu de los madrileños para que del temor de aquella noche saliera, en la mañana del día 7, la decisión heróica y definitiva de resistir hasta el fin? Es éste uno de los hechos históricos que la posteridad habrá de investigar. Fué la reacción fulminante de un pueblo, que inventa una frase corta y la repiten constantemente hombres, mujeres y niños. "No pasarán" gritó no sé quién y "No pasarán" repitieron todos los hombres, mujeres y niños, alma del pueblo de Madrid. Y ese río Manzanares, que ha servido de burla a todos los poetas festivos, ese "aprendiz de río", sirvió como muralla infranqueable contra las huestes del general Varela, que, a pesar de creer que la entrada en Madrid era un paseo militar, estuvieron dando golpes contra sus defensas durante treinta y tres meses y medio.

Los que vivíamos fuera de España pudimos comprender mejor que vosotros la significación extraordinaria que Madrid y el hombre en quien se simbolizó su defensa, (aplausos dirigidos al general Miaja), tenía para todos los pueblos del mundo. En aquellos días inolvidables la categoría moral de la causa de la República española, que había sido vilipendiada por la propaganda que los enemigos realizaron, comenzó a levantarse, a agigantarse, a crecer de manera extraordinaria. Madrid era en aquel momento España entera. No olvidemos que los primeros en llegar en ayuda del pueblo de Madrid fueron aquellos catalanes de la brigada acaudillada por Durrutti, que después llegaron las Brigadas internacionales y que de todos los pueblos de España, incluso de las filas franquistas cuando podían filtrarse, acudían hombres de todas las procedencias a engrosar el ejército madrileño.

La heroicidad del pueblo madrileño

Cuando yo hice a España mi primer viaje de la guerra —llevaba fuera dos meses cuando aquélla estalló—, sentí una extraña conmoción en mi espíritu al penetrar, por el único camino que ligaba a Madrid con el mar, por la carretera de Valencia, dentro de las calles de Madrid. Difícilmente podré experimentar en el resto de mi vida emoción semejante. En mi casa, donde mis hijos continuaban viviendo, en la calle de Santa Engracia, por encima de los depósitos de Isabel II, se veía el frente de la Ciudad Universitaria. En el dormitorio de mis hijos vi tres impactos de bala que desde el frente llegaron hasta allí. Poco tiempo después, en el portal de esa misma casa, moría, alcanzada por una bala del frente, la madre de Fermín Galán. Ninguno de los vecinos de la casa número 100 de la calle de Santa Engracia, prácticamente dentro del frente, abandonó su hogar; todos siguieron haciendo su vida ordinaria. Yo sentí muy dentro de mí la emoción de ver a mis familiares dentro de aquel círculo, pero, al salir a la calle, me encontré con el espectáculo inaudito del verdadero heroísmo del pueblo madrileño. El mundo entero se conmocionaba ante la gesta gloriosa de Madrid, ante la epopeya magnífica por la libertad que el pueblo de Madrid estaba realizando, y los madrileños continuaban tranquilamente su vida normal, como si nada hubiera ocurrido, ¡maravilloso ejemplo! Yo vi con mis propios ojos cómo la gente subía a los tejados tan pronto eran oídos los motores de los aviones enemigos, para saber si eran Capronis o Junkers los que venían; yo vi cómo se presenciaba el bombardeo constante de Madrid como un espectáculo. Y vi algo que me emocionó mucho más. En una de mis visitas al frente de la Ciudad Universitaria, en una de las calles que a él conducían, no sé cual, cualquiera, los niños, a cuatro pasos del campo de batalla, realizaban sus juegos infantiles con la misma normalidad de siempre. Heroísmo callado, silencioso, tranquilo; magnífico heroísmo de un pueblo que, por tener tan metido dentro del alma el concepto de la libertad, no concibe más que la vida libre y para el que la muerte es una liberación si ha de vivir sin libertad, como esclavo.

Este heroísmo silencioso, que es lo que yo más admiro en el pueblo de Madrid, es para mí superior a todas las gestas guerreras. Es el heroísmo que continuó, después de la derrota, en las cárceles, en los presidios, en los campos de concentración. Y todos los pueblos de España tuvieron frente a la desventura la misma magnífica resistencia. La tragedia en broma es una de las características de este pueblo español, que tiene un poso tan profundo de civilización que cuando la mayor parte de los actuales grandes países europeos vivían todavía en la selva, ya los pueblos de España... (Prolongados aplausos que impiden oír el final del párrafo).

Cuando oí por primera vez la letra, literariamente abominable, del schotis "La Pepa" con que iban a la muerte los hombres de las cárceles en Madrid y en toda España, sentí que toda mi alma se llenaba de lágrimas. No he visto en mi vida ni podré verla, expresión de un patetismo semejante. Los madrileños la inventaron; los demás españoles la repitieron. Llamaban a la muerte, que les esperaba cada mañana, que llegaba todos los días a las puertas de aquellos prisioneros, "La Pepa". Y sobre "La Pepa" compusieron un "schotis" que cada vez que por la madrugada sacaban a uno o a varios de las cárceles para el fusilamiento, cantaban los primeros los que iban a la ejecución. Y después, resonando sus voces tras las rejas, la inmensa población penal cantaba aquel schotis que habremos de conservar como preciosa reliquia, porque indica como nada qué grande, qué noble es el espíritu de un pueblo que puede burlarse de la muerte con cantos populares. (Fervorosos aplausos).

España merece justicia

Todo aquel heroísmo, todos aquellos sacrificios, aquellas luchas, aquellas muertes, aquel caer diario de tantos españoles, lo mismo en la retaguardia que en el frente, aquella lista de más de un millón de víctimas inmoladas por la furia fascista, ¿para qué serviría? Esta pregunta nos la formulamos de modo obsesionante cada día. Después del sacrificio de Madrid, de Guernica, de tantas poblaciones españolas, vinieron los sacrificios de otros pueblos europeos. Estos, con limitaciones o con entera libertad, han vuelto a su vida normal. Y España, que fué el primer país que ofrendó su sangre en una resistencia que valorizó después de la caída rápida de ejércitos que se consideraban invencibles durante la guerra mundial, sigue padeciendo su tormento y su dolor.

Los maestros murieron, los discípulos perviven. Cuando comenzó la rebelión militar, por toda Europa se extendió la fábula indignante y falsa de que Franco